

Hoy Fricasé hoy¹

Adolfo Cárdenas Franco

—...Carajo mierdas, ¡te voya`cer sacar la mierda! Haste ver sinvergüenza. Todaviya venirme a mí con semejantes huevadas... ¡cholo y mierdas!, ¡fuera de aquí!, fuera de aquí antes que lo mate.

Sale el Rogelio, dejando impresa en tu mente la mirada turbia de gallo trasnochado, y el tufo de alcohol, simulado con chicles de menta, queda entremezclándose con los hervidos que emergen de las ollas desmesuradas; las viejas compañeras y depósitos perennes de los cocidos que sirven en parte para pagar las chupas de este desgraciado. ¡Desgraciaaaado!, que la vida me va quitar... ques pss esto, ¡dios miiiiijjoo!

Los dedos ajados, coronados de uñas negras de mugre y tristeza, descienden mecánicos hasta el ruedo de la pollera que se eleva lanzando efluvios de ajo, nubes de pimentón a los cuatro costados de tu humanidad hipopotámica. Te sueñas la nariz y la cascada de mocos color perla fina pierde su brillo original al esparcirse por entre los pliegues de tocuyo percutido. Comprimes los ojos, negándoles la catarata de llanto que se te sube al cerebro, deformando todo, haciendo que te veas a ti misma como cuando tus carnes no se asemejaban a las que ahora cortas para echarlas a la olla, como cuando eran duras y chorreaban sexo en lugar de cebo, cuando la embriaguez casi perenne del Rogelio te parecía atractiva y cuando su tufillo a cerveza te murmuraba al oído todo un mundo de promesas eróticas que cumplió con toda lujuria, que le permitían el dudoso refugio de la puerta de la fricasería y los ronquidos destemplados de tu vieja contrapunteando los jadeos de ese him(e)n(e)o.

Un parpadeo y nuevamente la penumbra del boliche invade tus retinas con su claroscuro de mesas y sillas vacías apenas iluminadas por el amarillo incierto del poste de la esquina. Cierras la puerta entornada ante la perspectiva ineludible de otro amanecer solitario en el catre que desde hace tanto tiempo no entona la música de sus chirridos ante las aparatosas arremetidas de Rogelio. Es triste sentir el frío peso de la misma frazada que fuera cómplice de los raptos a que te conducía la pasión desenfrenada de tu marido. Logra salir al aire, pesado a especia y condimento, el sollozo mal reprimido y te recuerda los quejidos que lanzabas al sentirte invadida por lo que él llamaba su ckullu de carabinero, y cuando con el primer rayo de luz penetrado casi de contrabando, al acariciar su espalda descubrías y redescubrías el enorme lunar en forma de corazón, salpicado de tres cerdas de puerco, y que él aseguraba era sólo tuyo... ¡Tuuuyo, tuuuuyo! Yaura... ¡a quién pss les dices lo mismo!, caradura... seguro aisa birlocha cjuchi con la que te había visto la Eulalia, ¿no?, seguro aisa le dices...

El canto repetido del gallo de la vecina te despierta cinco minutos después de haber tú conciliado el sueño; escupes al suelo la saliva agria que se descuelga lentamente hasta posarse en el suelo con la lentitud y gracia de una araña, te limpias los ojos para quitarles esa impresión de opacidad, mirando los pequeños amarillos cristales de lagaña con desencanto; sueltas, esforzando el estómago, un pedo que es puro aire, producto de ese frío que no te deja y que llena tus entrañas de gases que nunca quisiste soltar en presencia de Rogelio; al hacerlo, te sentiste extraña, como extraño te parece el iniciar la diaria rutina de pequeños eslabones, como abrir la puerta de la fricasería, colgar el pizarrón HOY FRICASÉ, barrer el local, limpiar las mesas, encender los anafes, peinarte

1 Del libro «Fastos Marginales» (1980) de Adolfo Cárdenas Franco.

las trenzas, borrarte la cara de sueño con agua fría, alistar los platos, avivar el fuego y sentarte en la silla a esperar la llegada del Martincho, que no sé por qué se miace queste llockalla es su caficio, caficho, cómo será... su alcahuete pues deste sinvergüenza y mierdas; no responder al saludo cuando éste llega, suspirar un momento y comenzar a desfogar tu rabia de noche solitaria en el mozo que se afana en acumular botellas vacías de cerveza junto a la puerta, salir con la canasta al camión repartidor de pan; ya pss, ya pss chico no tengo todol día, dos, dos, dos, tres, tres, tres, cuatro, cuatro... y tú, desahogando los últimos lamentos: apurate pss chiiiico... ya va venir el papayeeeeero... tres de lima-limón, dos de cjuchi-cola, vas a pedir...

La media mañana se refleja en las órdenes del Martincho: ¡un fricacho y una mediaaaa!, y tu monótona mecánica que se impone: tomas el plato, hundes el cucharón en la olla, sacas la presa, nadando en el espeso rojizo con islas flotantes de grasa transparente, alcanzas una botella, miras la cara interrogativa del anónimo que te pregunta ¿cuánto es doñita?, tu mano derecha que se cierra en torno al billete y la otra que se hunde en el bolsillo del mandil para emerger con dos monedas, de las que verificas el corte antes de devolverlas, la venia que no contestas; ¡dos frics y una familiaar!, y el rito de mil veces todos los días y que no conoce domingos o feriados, doblas el cuerpo y el esqueleto se queja ante la superabundancia de materia inútil, el mostrador que te espera con los ágiles brazos del mozo y su torre de platos grasientos, huesos roídos, cáscaras de maíz; escoges lo escogible, arrojas los desperdicios, sumerges los utensilios en un balde de aguas color ratón y el radio anuncia: eeeeeeeeeeeel caaaaaaaaalvario deeeeeeee Roooooooooosariooooooooo... y dejas en un plano secundario la responsabilidad del quehacer cotidiano a tu envoltura corpórea, para refregar el dolor de la heroína con el tuyo... Y OLVIDANDO TODO POR UN INSTANTE, ROSARIO CAE EN BRAZOS DE RAMIRO, OBEDECIENDO CIEGAMENTE A LOS MANDATOS DE SU CORAZÓN...

—¡Ayjj!, yo dice que mestuviera besuqueando con ese desgraciado, sabiendo que tiene otra chota bien metida en su casa todaviya... ¿Cómo?, ¿qué? —Sacudes la cabeza espantando las conclusiones de mala gana.

—Doña Remedios... buen días le digo...

—Ah, buen días don Nico, como está usted...

—Bien nomás, ¿y usted?

Asientes con mirada ambigua, que bien podría significar bien o mal o trabajando como una burra o a usted qué le importa.

—Y... ¿mi compadre?

Tus cejas forman una sola fruncida línea de pelos erectos que taladran el gesto del compadre, tratando de adivinar si expresa sorna, pena, curiosidad o ignorancia genuina.

—Yo... yo no sé pss compadre —respondes bajando la vista—, en qué andanzas estará este sinvergüenza, tomar y tomar nomás sabe también...

“Tal vez este sabe algo”, piensas, acentuando tu actitud humilde:

—Me va a disculpar usted, es que yastoy hasta la coronilla deste hombre... ¿acaso siquiera algo hace? Yo nomás soy su burro de carga... hasta sus borracheras teunque pagar y ¿acaso eso reconoce?

El dolor de ser objeto de explotación económica, ni siquiera sexual, la imposibilidad de poner coto a la situación hacen que las lágrimas que quieres sorber junto con los mocos

resbalen, pese a todo, por tus mejillas ajadas, tu mentón tembloroso y se pierdan en la tela secante de tu blusa.

—Yo no estoy chupando los dedos, don Nico... claro pues... yo estoy fregada... conmigo nada quiere, por eso ya ni para aquí... debe estar pss feliz con esa malentretenida.

Observas las reacciones del hombre que te observa, tratas de encontrar sus ojos esquivos, que imaginas no pueden simular la respuesta encubridora.

—Peroooo... no, doñita... usted está maaaaal. El compadre no es un santo, se tira sus grandes faaaarras, pero de ahí a queee...

“Este miá visto con cara de teta”, piensas, y obedeciendo a una intuitiva estrategia, cuando miras que se bate en retirada, intentas el soborno sacando del anaquel otra botella que pones frente a él:

—Sírvase esta botellita máaas...

Desconfiado, te mira el compadre, sonrío al suelo y dice:

—Yaaaahhh... ¿creo que usted quiere hacerme tomar, comadrita?

Ríes con carcajada hueca que no sirve para disminuir la tensión ante la inminencia de la verdad arrolladora que por momentos preferirías ignorar.

—Cómo nomás pss con una botellita se va usted a marear —deseando, sin embargo, verlo hablando humedades al menor costo posible.

—Así como estaba diciendo don Nico... —retomas la confesión pese a los desesperados esfuerzos del compadre por cambiar la charla. El monólogo es esporádicamente interrumpido por el salud y la catarata de espuma que se precipita en el gaznate seco y se derrama en el fondo de las entrañas sin fondo.

El último cliente se ha marchado y tú sigues destapando botellas y hablando, siempre interrumpida por el salud que ahora suena como: shalú, seguido por las involuntarias contradicciones del diafragma de don Nico, que matizan cada medio minuto la húmeda relación de los cuatro últimos años de tu vida conyugal.

Sabes que ya es tarde y que tendrías que estar regateando con las recoveras, escuchando las quejas del mañazo: como pss doña, si nosotros agarramos en eso... qué vamos a ganar entonces... o el aymarismo cerrado del Cipri, que ya no quiere llevar la carga de chuño hasta el boliche: Aqué nomás ispira... ckamaque granflauta, si no fuera porque a veces me da al fiado...

Nuevamente tendrás que dejar que te supla el Martincho, que regrese a las quinientas, que te haga dormir los cambios y que al reclamo te conteste: todo había pss subido, señora...

—Martinchooooo! —llamas, y él se presenta con las canastas prestas. Sonríe con el gesto que te repele ante la feliz perspectiva de comer y beber a tu costa. Resignada te vuelves a escuchar el salud gangoso de don Nico, mirando su brazo torpe repasar el bigote o sus ojos, que te buscan a través de rendijas tratando de adivinar cuál de las tres eres realmente, y escuchar la gárgara que quiere ser palabra.

—La veherdá, comadritha, es que a míiii... me dhuele musho que mi comphadre... —Y surge la confesión de borracho; ese cargo de conciencia que adquiere un tremendismo espantoso al influjo de unos tragos. Ambos lloran a moco tendido; con todo sentimiento,

tú; él quizás como los cocodrilos.

—Yo shé que ushtë se ha sacrificaooo pues...

—Si pues, yo soliiijta... asientes, mirando al Rogelio decirte:

—Te vuayudar hijita... juntos le vamos a poner hasta juntar pa irnos a Cochabamba. Allá vamos a poner una cosa más grande, una quinta, vas a ver...

—Qué desgra este Rogelio...

—Desgraciado, sinvergüenza, compadre —secundas, entreviendo la expresión de sátiro, haciendo planes:

—Ya nuaste trabajar hija; vamos a poner chicas pa que atiendan a los clientes; unas ckochalitas con sus polleras bien cortitas...

Y tú, entre alegre y recelosa:

—¿Sí? No sé questás pensando vos, ¿no?

—Ohj, cómo pss te vas a calentar deso hija... si va a ser pa traer clientela nomás...

Se tambaleaba la cabeza, imitando un gesto de desaprobación, tratando de hilvanar un pensamiento que por supuesto no es el que pronuncian los labios babosos:

—Eeehh... dizque, se va a sheparar de ushé...

Aceptas la confesión, atontada, como si se te hubiera contagiado el sopor del Nico.

—Pa... para juntarse con la fhu... fhulana...

Un ligero temblor sacude tus pies y se abre camino a todo lo largo y ancho del cuerpo; tu respiración se dificulta y el gesto se comprime hasta adquirir la tensión necesaria para sacudir tus pómulos como gelatinas, para hacer crujir tus dientes apretados en sus caries infinitas.

—Quere... dice, irse a Coshabaaaamba...

Quisieras no creer en las confesiones de tu compadre: está borracho, piensas; pero los borrachos dicen la verdad, te contradices. Acaso son esas cenizas todavía tibias que se esfuerzan en justificar lo injustificable.

—Mheadicho que yo a ushé la conquishthe... yencontharnos a las dhos...

Así quiso crear el justificativo para abandonarte sin temor a represalias —desgraciado y mierdas— y te sientes una víctima de su perversidad, como la Rosario de la radio, y todaviya con este viejo cochino; ah no, eso sí que no; no voy a permitir que este cholo granputa se salga con su gusto.

El grito lanzado al aire con violencia, el golpe en el mostrador con el puño que ahora te duele, han sacado al don Nico de su semi-sueño eructando vapores de levadura.

—Comadhre... qushta pashando...

—Nada, nada, compadre, más mejor váyase usted...

Sola con las mesas, sillas, botellas y ollas como testigos, das rienda suelta a tu dolor; no haces nada que no hayas hecho miles de veces: te jalas de los cabellos, gritas, insultas al vacío, tomas lo que está a tu alcance y lo arrojas, pateas, hablas con él, le levantas la voz, le gritas, le vociferas: así que ya no quieres nada conmigo... así que yo

había sido tu muñequito... claro pss, esta —te golpeas el pecho con el puño— yastá jodida, meno... menoplástica o qué mierda será... y vos ckachilo, todo el tiempo pasándotelas manoseando a las empleadas, hasta que mey tenido que conseguir un chico. Ni así has parado, ¿no? Así que te habías querido ir a Cochabamba con tu birlocha, andate pues...

—Yastoy aquí, doña...

Te mira el Martincho, parado entre las dos canastas repletas de encargos. Te mira aburrido porque no es la primera vez que es testigo de tus accesos. Te mira jadear como un perro y remeda tu respiración agitada por lo bajo, y finalmente te mira moverte hacia las canastas.

—¿Todostá?

—Sí, doña, aquistá el cambio.

Recibes el rollo de billetes húmedos y, por primera vez, no te dan ganas de contarlos; los metes en el bolsillo y la expresión de tu empleado se destensa. Apenas echas un vistazo al contenido que en otra ocasión hubiera sido meticulosamente verificado. Observas al Martincho gratamente sorprendido al no tener que usar su archiconocida historia de la subida de precios y quisieras pegarle un grito que lo deje saltando por cinco minutos consecutivos, zarandearlo y gritarle: ¿crees que no me doy cuenta, llockalla sinvergüenza, que aparte de voltearme plata, ayudas a que me volteen mi marido?, ¡avisame, porquería! Pero, para qué, ¿acaso ese viejo y mierdas no miá dicho ya todo? Qué más pss me va a decir este... quel iba por encargo del Rogelio donde la gran siete esa, a lo mejor de miedo; a lo mejor el otro lo tiene pues amenazado, porque todo se puede esperar de ese desgraciado.

Sientes de pronto en el aire un tufo a whisky Caimán mal disimulado con chicle de menta, te vuelves y ahí está: con las manos en los bolsillos, sonriendo, tratando de modular en su boca alguna palabra que se niega a trasponer la frontera de la garganta al sentir ese halo de furia que te rodea.

—Yo me voy nomás, señora —escuchas que te dice el Martincho, y quedas sola, frente a la figura que sobreponiéndose a la atmósfera de odio que flota densa, dice:

—Hijita...

—¡Qué hijita ni qué perro muerto! —quisieras gritarle, añadiendo lo más escogido de tu vocabulario ofensivo, pero te contienes; acaso si eso sucede, el Rogelio te lance otra sarta de calificativos y tú lo arrojes de la fricasería, como ha venido sucediendo desde hace un tiempo. No; quieres arreglar esto, de una vez por todas. No consentir un día más en haberte convertido en el sostén económico de este idilio que quiere adquirir visos de legalidad y constituirte en la nada, en el cero absoluto de la vida que tu marido quiere construir en Cochabamba.

—Pero, Remi... qué te pasa, che...

Hueles el acre aliento que arrastra las palabras deformadas, y recuerdas cuántas veces esa semipregunta echa entre vapores de alcohol ha sido el inicio de discusiones, promesas de enmienda y remedos de fidelidad a los que te aferrabas con todas tus fuerzas, y así disfrutabas de ese ejemplar en crónico celo, ciega a las infidelidades cada vez más frecuentes, a los justificativos cada vez menos trabajados, a las noches de desamor con el vago olor a hembra ajena, a los préstamos casi diarios creciendo en progresión geométrica y que luego se convirtieron en simples pedidos y autoritarias exigencias, sorda a sus indirectas cuando se sentía presionado por tus exigencias: es que

yastá pss como bolsillo de payaso, ciega a su sueño intranquilo lleno de nombres de mujer después de las esporádicas y obligatorias revolcaderas, cuando tímidamente tocabas a través de la camiseta el enorme lunar en forma de corazón que intuías se iba alejando de ti, inexorablemente.

Sientes su presencia apestosa cada vez más cerca tuyo y retrocedes hasta chocar tu espalda contra la pared y sentir su acoso como tantas otras veces, obligada a dimitir y perdonar lo que en cierto modo te llenaba de orgullo: ser dueña de ese conquistador con docenas de corazones rotos a su espalda, rindiéndose a ti. Ahora necesitas creer en que su mano, ya tomándote el hombro, tiene que ser el último de los eslabones de una gran cadena de iniquidades, y es que por sobre su habitual tufo emana otro lacerante, destructivo; es un vapor denso con la casi presencia corpórea de tu rival, que se sacude a carcajadas de tu dolor, es el olor de su sexo omnisciente, impregnado, indefectible, el cuerpo de tu marido.

—¡No me toque! ¡No me toque, su cholo y mierdas!

Sorprendido te mira el Rogelio, pasmado al sentir que pierde dominio sobre ti, que no te hipnotiza con esa mirada abstrusa, mezcla de sueño, borrachera, invitación, imposición y promesa. Se engarfan los dedos, hundiéndose en la chompa de lana, la blusa, la piel, con irritación profunda. Sus labios se deforman en una mueca que quisiera ser sombría cuando grita:

—¡Caaarajo, mierda! Creo que te he dado demasiadas alas, ¿no? Creo que te estás queriendo montar encima de mí, ¿no? ¡Usté nues quién pa decirme qué cosas teunque hacer!, sólo pa escuchar lo que yo diga, ¿entendido?

Por primera vez osas trinchar tus uñas en la mano que te estruja, y esas puntas de lanza amotosada se hunden en el dorso surcado de venas en alto relieve.

—¡Ayayau! ¡Ayayau, mierda! —grita soltándote, chupando la mano adolorida y notas cómo los dedos se abren tensos, se alejan hacia arriba y con la celeridad de una luz estallan en tu mejilla, boca, ojo izquierdo, que al reabrirse mira nada más que puntitos, mientras tu cuerpo pesado se inclina hacia un costado y cae; cae hasta encontrar en su lento camino la mesa que no ofrece resistencia y se derrumba contigo. Tu pollera, extendida como un paracaídas raído, recibe la única, última lágrima sumisa; te limpias, rebelde, aquellas que no han rodado, y con el sabor acre de la sangre burbujeando en el paladar, los dientes lijándose unos con otros, los pómulos temblorosos, tartamudeas lo que debiste gritar hace mucho:

—¡Maricón de mierda! ¡Pegame pues otra vez! ¡A ver pegameeee! ¡Cojudo y mierdas, por qué no vas pues a pegarle a esa tu perra... por qué no vas a sacudirle a tu chota... cholo y mierda!

Exacerbado, el Rogelio ensaya el nuevo golpe que llega raudo. Lo esquivas a medias y sientes en la mano el zarpazo que te muestra luego su adorno de carne viva.

—¿Así que por esa grandísima me vas a pegar? Después de haberme jodido la vida, ¿todavía esto más tede aguantar?

—Sí señor, porque esa “grandísima” es pues otra cosa...

Esa “otra cosa”, en un tono tan superlativo, es la gota que ha colmado el vaso; es el cuchillo que se te clava con saña en el pecho, y la mirada de profundo desprecio que te ha regalado al pronunciar la sentencia es una astilla al rojo vivo que se incrusta inmisericorde en medio de los ojos, y que te han dejado viendo todo de color escarlata sanguinolento.

A partir de ese momento, ya no eres tú, es un viento rugiente el que se posesiona de tu espíritu y que guía tus acciones, que manda en tus reflejos y que te ordena tomar una de las patas de la mesa rota y lanzar con precisión matemática el primer golpe en esa boca que supo mentir, que supo prometer sólo incumplimientos y que al final sólo supo ofender...

Entre lluvias de esmalte, ráfagas de aliento alcohólico y gotas de saliva color frutilla, dar el segundo en esa cabeza que pensó en la posibilidad de abandonar a quien había dado todo, para irse con otra...

Entre nubes de cabellos, trozos de hueso y partículas informes de una materia blanco-grisácea, propinar el tercer golpe en la columna de ese cuerpo que se derrumba y sobre aquel lunar traicionero que jamás fuera poseído, apenas alquilado a un bienestar que ya no lo satisfacía.

Entre pedazos de madera, astillas y vidrio, cubiertos desparramados, trozos de loza y un barro de un color indescriptible, anticipadamente putrefacto, yace tendido el Rogelio, cuando la nebulosa que te poseyó te abandona, entre vapores de apuro y olvido, quizás hacia otro plazo perentorio.

—Así que te querías ir... —susurras con la cara cubierta por una capa de lágrimas, sangre, sudor y mocos— andate pues...

La rutina vuelve a tomar cuerpo en tu existencia monótona. Las ollas cobran vigencia al convertirse en receptáculos de los hervidos de después; picas, cortas, trozas sin descanso en ese tiempo oscuro que corre hasta aclararse con la luz que se alarga en la ventanita. Sientes ya los golpes en la puerta por primera vez cerrada y ves la cara del Martincho, extrañada ante lo desusado.

—Eeehh... buen días, doña...

—Buendías —contestas a la, por segunda vez, sorprendida cara del mozo, aunque casi al instante, ese sexto sentido tuyo, tan perceptivo, te pone en guardia y rectificas:

—Ya pss, ya pss, chico, qué me mira ahí como lelo, póngase de una vez a hacer, que ya va a venir la gente...

Todo ha vuelto a la normalidad; el Martincho que se afana arreglando mesas, tú avivando el fuego de los anafes, el Martincho sacando cajas de botellas, tú limpiando los cubiertos, el Martincho sacando la canasta de pan y el ayudante del camión gritando: ya pss, ya pss, chico, no tengo todol día, dos, dos, dos, tres, tres, tres... Tú, sentada detrás del mostrador, esperando al primer cliente, las órdenes entre pasada y pasada: un fricacho y una mediaaaa... el señor debe de dos chevas y un fric... los billetes, las monedas, el calvariooooo deee Rosariooooo: Y ROSARIO VE CON DULCE TRISTEZA ALEJARSE A RAMIRO PARA SIEMPRE DE SU VI...

—Buenas, doñita...

—¿Jhaaa?

—Buen días le digo.

—Ah, don Nico, cómo está usted...

—Un poco fregado pss, comadrita —confiesa el Nico con vergüenza—, es queeee...

—Ooojj, don Nico —cortas—, más bien le invitaré un fricachito pa que se le cure el ch'aquí...

—No, no, comadrita, no se moleste usted...

Haces un gesto ambiguo que bien podría significar: no tiene importancia o es una forma de demostrar aprecio o usted coma y calle; sirves un plato e invitas al hombre a ocupar una mesa. Tu compadre se relame de satisfacción, te lanza una mirada de agradecimiento y, tomando el tenedor, trincha goloso una presa que tiene sobre el cuero una protuberancia en forma de corazón, salpicada de tres cerdas de puerco.